
La casa que me habita

Melba Guariglia

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8704

Título: La casa que me habita

Autor: Melba Guariglia

Etiquetas: Poesía, Uruguay

Editor: Fernando Guzmán

Fecha de creación: 13 de enero de 2026

Fecha de modificación: 13 de enero de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La casa que me habita

Editado por Fernando Guzmán 2025. Se realizó una revisión ortotipográfica del texto, limitada a la puntuación y al uso de mayúsculas/minúsculas. Creative Commons BY-SA 4.0 Internacional

A mis habitantes de aquí y de allá, y de mas allá
México, 1985 / Montevideo, 2015

Mi casa es la escritura... con la única compañía que no falla,
las palabras
Cristina Péri Rossi

Me amparo, efímera, en un cuarto diferente.
La bahía de sal queda atrás, borrosa en la imagen del
mapamundi.
La sospecha invade, con miedo, mi armadura.
¿Dónde derrumbarme?
Otros muros transforman laderas en alojos;
palabras inquietas buscan raíces.
México 1979

Las casas jóvenes acuden al llamado,
Andan sin norte por la madrugada,
Suben hacia el nuevo pasado, se dispensan.
Un paseo por la añoranza al cielo triste de la piel, las
calles se alejan.
Ahora queda solo el duende que me habita, el aire de la
niebla, una escalera que sube, pasos infinitos.
Hogares perdidos en el sur del viento.
Montevideo, 1987

Ese haberme llamado Melba, nombre agri dulce donde
persisten heridas,
poemas silenciosos desde un abril de otoño.

traspatio,
Sumergida vejez apurada por la historia de sus
habitantes.

IV

Ese lugar cuya sola presencia me contiene,
Albergó muros de piel áspera, marcas de vuelo.
La pintura cubría siluetas / letras cifradas, el suceso
inexplicable de mi ausencia.

Casa orilla

I

En la ribera los árboles mecen ramas doradas, tiernas
como el pan.

Encima del tejado piedras aseguran cobijo, alerta de
próximo viento.

Por el canto del paisaje crece el coro de cigarras.

La arena es manta de conchillas, cuna de cangrejos, el
riomar arrodillado desliza su lengua por la arena, salpica
plantas crecidas en tierra blanca.

El rancho solo, elevado en la orilla, única gaviota de
madera,
resiste tempestades.

II

La niña zurcía letras en punto de cruz.

Tarde a tarde volaban tijeras por el monte, alfabeto
recortado de revistas, citas talladas en troncos.

En el borde del agua mensajes en botellas arriban
incansables desde el otro lado.

III

Pasado el temporal,

los niños velan la playa en calma, recogen desechos de
barcos hundidos,

rocas mordidas por las olas, colecciones de caracoles
visibles

en el velamen del rancho.

Abuelo vigila la costa, avizora horizontes desde el
portal, salvando en la mirada todas las distancias.

IV

Picotean tierra fértil las gallinas,

Cantan al compás de la leña inmolada del hachazo
necesario al despunte diario.

Abuela asoma al cuadro que despierta, imagina un
palacio, el lugar donde vive, en pago a su desvelo el
monte azul, los hijos.

Un premio: el nido donde nacen huevos tibios en su
delantal.

V

Se agita el alero y el manzano,
Caen hojas marchitas de almanaques,
El camino aprieta los bolsillos y anda.
Los vientos ondean otra vez.

A lo lejos la ciudad es asombro, una casa con flores, la
escuela.

Un largo transitar las esperanzas.

Casa invadida

I

Abrieron umbrales con los dientes, las baldosas resistían
pesadas botas en designada batalla.

Temblaban cimientos.

Los libres deshacían páginas completas, confusión
dividida entre cólera y miedo.

II

Ellos esperan amurallados en pretilos.

Hora tras hora acechan signos de fatiga, hurgan
alfombras en busca de huellas / nombres,
pistas de un amor universal, poderoso / invisible.

III

La casa toda estremeció ladrillos
cuando el enemigo invadió el crepúsculo. Era el dictado
sórdido, el arma traidora de la infamia.

Pocos supieron.

La siniestra ronda / los destrozos, la oscuridad pesada
de la máscara,

el puñetazo oculto tras la trampa.

Casa vieja

I

Picaflores aletean al frente de la casona.

Liban corolas donde un ala abre sin juicio,
el postigo del balcón.

En el jardín nacen besos desvelados, nocturnos jugando
el juego de la ternura sin disfraz.

II

Fila de piezas es sendero generoso,
Galería a marcha de quimeras, macetas coloridas cuyas
plantas respiran
el sueño mayor de los habitantes.

III

Ritmo tenaz recorre semanas
cuando las máquinas se aprestan a coser entelados
ajenos,
oficio de mujeres encorvadas de tanto vestir muñecas,
con milenaria carga de paciencia.

IV

Asoman charcos, goteras
en cada despertar de esa casa.
Son señas de partida, gestos desamparados, agobio de
los habitantes perseguidos sin tregua por las grietas del
siglo.

V

Tú, casa,
querías habitar el aljibe, la glicina,
subir el barandal hasta el durazno,
caer despacio en surcos de la huerta sin dueños, en
paz,
como mueren los viejos.

Casa oculta

I

Pequeña celda abierta detrás de los cristales, respiras un
patio ventilado, pradera de mis juegos fantásticos en
tardes cálidas.

El único ciruelo te perfuma de blanco en primavera, la
parra descende su lumbre de racimos.

El corredor, renglón a doble línea, encuentra tu humilde
semblante de vivienda,
impreso allá en el fondo.

II

Una de tus alcobas recibió mi sollozo una mañana.
En el cielo de tu techo incorporé mis hambres, mirada
intrusa en busca de respuestas.
Era abril, como siempre, la lluvia, tú cobijo a mi
primera soledad.

III

Hogar oculto,
me veías crecer asaltando países, comiendo libros como
panes.

Disparaba volantes sobre azoteas de fábricas cercanas,
leía en voz alta tu miseria, descubriéndote.

IV

Esa casa no era engaño, vivía con nosotros un destierro,
aislada de la calle alicaída,
como pájaro de exilio.

V

Mi padre arma castillos en tres escalones,
suma protestas de la radio, un overol abre brazos en su
ausencia, en el cordel de la madrugada.

Espera huelgas para romper a golpes el silencio.

VI

Tu portón rechinaba harto de vaivenes,
como madre aburrida de cargar bolsas a la espalda,
y abrir monederos vacíos en el aire pródigo del barrio.

XII

Es más, casa,
luces pensamientos en macetas
cuando mi hermana seca su pelo ante el sol del domingo,
porque ella guarda un manojo de amapolas,
tibio resplandor entre las plantas.

VIII

Ayer o anteayer dibujaste tajos en los vidrios, surgiste
como luna creciente en el zaguán.

Padre y madre diciendo adiós.

No sé si los gatos arañaron tu retrato, o si las alas
huyeron de su jaula.

Tal vez tu zócalo confundía reflejos, y el olor a salitre
empujaba hacia el mar.

Casa residencia

I

Doble cerrojo ahuyentaba amenazas, sin más verdad que el
pánico de perder el artificio ajeno a mi origen.

Un espacio prestado donde defenderse del engaño, sin
residir la vida de nadie.

Soledad trepando escaleras limpias, antes de prenderse

en tus huesos, adherirse al tapiz incoloro y enfriarse en el piso como una afrenta a la belleza.

II

Sequé tu piso con trapo asombrado,
el ventanal lloraba sin remedio, tocaba el punto de partida otra vez.

En su rostro de habitante la casa tendía cicatrices para siempre,

ni pizca de altura ya en su cuerpo devastado.

Solo su mirada de agua, perdida en condominio de imposibles.

Casa hogar

I

Un solo puño,
dieciocho caras ganadas al abismo, niños caídos como piedras pequeñas al hogar,
cuando el viento acosa y los besos huérfanos se pierden calle abajo.

II

Inocente bandada,
corne desarraigados horizontes por resquicios del empedrado.

Piden hueso y no le dan, desafían

hasta llegar a un nido donde acurrucar el hambre.

III

Quisimos inventarte como madre hogar,
territorio nuevo, ínsula donde tender puentes,
iniciar recorridos, tejer redes con las manos pequeñas de tus habitantes.

Asistir cada eco agazapado en tus entrañas, el sonrojo de tu chimenea, las múltiples voces por nacer revueltas en el aire de los cuartos como gorriones.

IV

La casa habité en los niños una vez y otra.

Recelosos abrieron balcones, unieron paredes con dedos de asfalto.

Cargaron escombros del tamaño de su espanto, hasta construir una ronda, un patio de juegos, el rincón preferido de su desconcierto.

V

Hartos de comer pájaros, los cómplices acometen.
Dividen penumbras en fragmentos, espían rendijas,
sellan a hierro todos los sueños.

El estampido es portazo final, clausura.

El hogar se rinde ante el peligro, caen trozos de mundo
mientras la casa arrincona memoria.

VI

Aspas quebradas, el molino trastabilla indolente,
seguido de ausencia a su alrededor semillas.

El pan amasado de futuro, sin embargo,
permanece en los vientos.

Casa huésped

I

Enigma a un paso solo del adentro.

Los maliciosos reflejan llamadas a destiempo, equívocos
sonidos forasteros.

Una alfombra cobija pies descalzos, juegos de infancia,
alguna mágica razón.

Los primeros temblores sacuden el polvo, lámparas
oscilan sobre suelo extraño.

La sala cabizbaja reduce andares en deambular de
música.

La perra dormita en el sillón redondo como naranja.

Vuela el sobresalto en las cortinas cuando toca la
puerta el llamado imperioso del afuera.

II

Huésped fue mi destierro en una casa,
mi tragaluz equipaje a sitio seguro, la correspondencia
en el refugio del abrazo.

Calor sofocado en laberintos / ritos / lagunas, la muerte
vivida antes de partir.

III

Llega sonámbula a abrigar espacios perdidos.

Tiene cara de haber permanecido meses, rentada en
años por venir, dispuesta a hospedarse lo que dure el
insomnio.

Trae un pórtico en la frente, lápiz pegado al roble del
escritorio,

un niño pálido escribiendo manteles, cargando un dios
en las pestañas.

IV

Los días escurren por la ducha, acortan minutos.

Caben en la tempestad de tuberías, huyen.

Las llaves se marchan con ellos, fugaces como las horas, pero no olvidan.

Casa secreta

I

Pequeña mansión en tiempos de sospecha, un recinto cualquiera en ciudad sitiada frente a una taza de té.

Libretas albergan ideas, miniaturas de celofán quemadas a la intemperie, sin más escape que el peligro del horizonte.

II

Fuiste amante clandestino, posada de mansos corazones, caricias en tardes nubladas, nido tibio entre sábanas / galletas / y balas perdidas.

III

Cuánto imperio encubierto, territorio propio en la silla o el caballete, en el brillo de los azulejos.

Olor a invierno en el vértigo de la despedida.

IV

Todos los verbos rescatados, todas las prisas.

Incógnita llegada que no borra el riesgo cotidiano, claves amigas, el minuto exacto de llegar a ti.

El modo de pesar la pesadilla, tu aroma de violetas.

El edificio en la mira, escucha pálido de sorpresa la ficción imperfecta, el precipitado abandono.

Casa sola

I

Buscaba un hogar que me habitara, espacio reducido a manchas de mil rostros siquiera.

Habitación aldeana donde ocupar mis temores, el pan blanco de una hoja junto al vino.

Apenas una copa donde callar la sed, el lecho / versos repartidos a puerta abierta.

II

Los demonios atacan, entran por la azotea desnuda a secuestrar mis fantasmas.

Me despiertan temprano, se miran en las imágenes, atan nudos en las sábanas, apuestan impunes a

deshabitarme.

Dan saltos a contrapelo, pretenden clausurar el altillo /
la biblioteca, apagar mi lucha, mis hábitos.

Son contrarios a mis nombres, pero no me espantan.

III

Ruedo rotunda escaleras abajo, la oscuridad es un ojo
impenetrable.

IV

Al despertar,
mi aposento se llenaba de pájaros, y en la oscuridad las
velas consumían suspiros,
ahí donde las goteras aún arrecian su ritmo certero.

V

Trastocan su rostro los extraños,
aparecen sin previo aviso, se instalan en los hoyos más
grises de la pieza.

Hurgan mis secretos, los incendian,
pero no logran confundirme, no tienen llama que los
habe.

VI

Caigo desde el segundo piso, una mariposa en la
garganta.

Entran y salen preguntas, confesiones primarias, me
ahoga el destierro.

No llamo / no grito, sueño,
un fantasma más por el hueco de la escalera.

VII

Veía el sol en los espejos.

La madera de mis muebles era asombro pulido de rostros
idénticos.

Mis vidrios resbalaban lluvia, serena por dentro,
como si quisiera permanecer en lo más hondo.

VIII

Que me habite un árbol, un tronco con raíces inmensas
donde sentar los años de furia.

Que me habite una altísima encina cuyas ramas
conjuren la impunidad del universo.

IX

No huelo ya ni el encierro ni el frío.
Apagué mis dedos en carbones.

El escándalo no asoma por los pasillos.
Alguien camina en el piso de arriba.
(¿Será que espera la indiferencia para abrir los balcones
del olvido?)

X

Sin casas ni árboles,
los colores de la búsqueda ya no son peras ni uvas en el
frutero.

El caracol sigue su marcha,
los oídos cerraron las persianas, nada me contiene.
Un vacío se derrama por mis paredes húmedas como
almohadas.

Casa isla

I

La casa donde habito me aparta de ruidosas avenidas,
luce un deseo colgado en la cornisa, curiosidad de árbol
cuando lentamente me desviste el otoño.

Tiene orejas tapiadas a las fieras, mosaicos ajados
donde los pasos se pierden sin saberlo.

Recibe jinetes temerarios en su alcoba,
piedras robadas a cangrejos, niños ávidos de diluvio,
mujeres frágiles que aguardan barcos encallados en
altamar.

II

Este apartamento no tiene terrazas ni azucenas.
No alberga extinguidores de ternura, duerme con el pecho
descubierto como un gato reclinado en mi falda.

III

Habitaste mi historia al encontrarte casa prometida,
vaso muchas veces derramado.

Una manta me abrigaba cuando el frío lastimaba
amaneceres, y mis manos escondían abandono.

Compartimos la pausa del fuego, notas rebanadas en la
cocina, naturaleza renacida una y otra vez,
inútilmente.

IV

Sillones vulnerados arriesgan respaldo de palabras.

En el piso, amores barridos atraen todavía reflejos de
ceniza.

En el techo, una paloma echa a volar un rayo de luz.

V

Abro el refugio mansamente, no quiero estropear su espacio con mis suelas.

Entro descalza,

dejo mis insectos en la vereda, las cortinas saludan mi arribo, esperan que les desvele nuevo día.

VI

No me importa morada,

caminar con hormigas el exilio,

ni escribir sobre el polvo de los muebles,

versos provisorios.

He deshecho mis maletas, las he guardado en el armario de tu cuerpo,

y encubro la memoria para quedarme contigo.

Cotidiana extemporánea, me pego a mi mesa de pin, derrumbo palabras como castillos sobre hojas pálidas.

Me ato a visiones para construir poemas.

Las casas navegan, permanecen sin hundirse, se alejan infatigables conmigo dentro.

México

No dejo rastros del adiós,

guardo el semblante de las almas merodeando altillos por mis huesos, en los rincones más agudos cómplices de mis casas.

Los objetos resignan transparencia: un caracol excluido de su morada, una morada excluida de sus habitantes.

Una carta, un poema, víctimas de feroz torbellino.

Montevideo

La fuerza poética de este libro de Melba Guariglia nos asalta desde el título. El desplazamiento o proyección de las vivencias del yo al objeto deseado y perdido es el recurso que confiere a «La casa que me habita» esa fuerza de emoción contenida, rasgo de estilo que se irá acendrando y afirmando en sus trabajos posteriores.

En este libro, que se reedita actualizado después de 30 años, la casa —o las casas— habitan el tono lírico y son

también metáfora del cuerpo, único alojamiento o refugio en tiempos oscuros de exilio y muerte (los de las dictaduras latinoamericanas de los años 70, de los que el libro da testimonio).

La memoria de las casas —la de la infancia, la de tiempos felices, la del nombre que nos da identidad a medias— va surgiendo a partir de imágenes evocadas para sostener una historia personal que se desdibuja en la soledad de países lejanos, donde se hace necesario construir de nuevo la existencia desde la palabra. La tarea es ardua, como una escalera que sube / pasos infinitos / hogares perdidos en el sur del viento.

Por eso, *La casa que me habita* cobra en el presente nuevos significados. Puede ser la voz de tantos seres sin voz, de porvenir incierto, que huyen de sus tierras expulsados por la guerra y la muerte hoy, en la segunda década del siglo XXI.

Silvia Prida

